









**E**n un tranquilo país vivía un señor bondadoso, dueño de numerosas tierras y riquezas. Tenía una hija muy hermosa, de piel blanquísima, a la que sus madrinas, las Hadas Buenas, le habían puesto el nombre de Blancanieves. Sin embargo, su padre vivía desconsolado, pues su mujer había muerto al nacer la niña.

El tiempo pasó, Blancanieves cumplió quince años y el poderoso señor decidió casarse de nuevo para acabar con su tristeza. La madrastra de Blancanieves llegó de lejanas tierras, con sus carruajes repletos de baúles y criados. Era una mujer muy guapa pero tan vanidosa que, cada mañana, tras acicalarse con cuidado, se miraba en el espejo encantado, regalo de un mago, y le hacía la misma pregunta:

–Dime, espejito mágico, ¿hay en la Tierra alguna mujer más hermosa que yo?

–No, mi señora –respondía el espejo cada mañana–. Vos sois la más hermosa.

Pero un buen día, la respuesta del espejo fue diferente. La reina se había pintado como siempre y preguntó sonriente:

–Dime, espejito mágico, ¿hay en la Tierra alguna mujer más hermosa que yo?

–Mi señora, debo deciros que ya no sois la más hermosa de las mujeres... ¡Blancanieves es más bella que vos!

Y así era, pues Blancanieves se había convertido en la joven más hermosa de cuantas se pueden imaginar. La madrastra apenas podía creer lo que estaba oyendo. Furiosa por la noticia, decidió olvidarse del espejo y mandó llamar a un criado para encargarle un terrible deber. Le ordenó que cogiera a Blancanieves, la llevara hasta el bosque y, sin que nadie se enterara, la matara.

© EVEREST



El criado conocía a Blancanieves desde niña y su corazón se entristeció al oír el mandato de la madrastra. Pero no podía negarse a cumplir las órdenes de su nueva ama. Llevó a Blancanieves a un bosque lejano y, tras varias jornadas de camino, viéndose incapaz de utilizar su puñal contra ella, le confesó el motivo del

viaje. Cuando comprendió el malvado plan de la madrastra Blancanieves se echó a llorar desconsoladamente. No entendía cuál había sido su culpa para recibir tan penoso castigo. El criado, que conocía bien la bondad y la ternura de la chiquilla, trató de consolarla:

–¡No voy a hacerte daño! Lo mejor será que huyas de tu casa para salvar tu vida. Yo regresaré como si hubiera cumplido las órdenes y nadie se enterará de tu huida. ¡Que tengas suerte, Blancanieves!

Y, así, la joven quedó desamparada en medio del inmenso bosque. Anduvo y anduvo sin rumbo fijo y con lágrimas en los ojos pues imaginaba que nunca volvería a ver a su amado padre. Cuando el sol ya comenzaba a ocultarse y las sombras amenazaban con cubrirlo todo de impenetrable oscuridad, divisó a lo lejos una casita escondida entre gigantescos robles. Aunque llamó varias veces al pequeño picaporte, nadie respondió. Sin embargo, la casita no parecía estar abandonada. Probó a empujar la puerta y ésta se abrió suavemente. ¡Qué sorpresa se llevó! Dentro, todo era pequeño, como hecho para niños. Había siete camitas, una junta a otra. Estaba tan agotada por tantas emociones que, sin pensarlo dos veces, se acostó y se quedó dormida.



### BLANCANIEVES Y LOS SIETE ENANITOS III

La casita pertenecía a siete enanitos que trabajaban en el bosque. Al regresar aquella noche de sus faenas, se sorprendieron al encontrar la puerta abierta. ¿Habrían entrado los ladrones en su ausencia? Pero comprobaron que no faltaba nada. Cuando entraron en el dormitorio, se quedaron asombrados: una hermosísima

muchacha dormía plácidamente acostada en sus camitas.

Después de la sorpresa, empezaron a discutir qué hacer con la joven. Decidieron que era mejor dejarla descansar, al menos hasta que hubieran tomado una decisión.

–Pues yo creo que debería irse inmediatamente para no perturbar la tranquila vida en el bosque –dijo un enanito gruñón.

–Pobrecilla, parece tan desvalida... –opinó otro enanito mientras la veía dormir.

Todos tenían curiosidad por saber de dónde era la chiquilla y qué es lo que le había sucedido para llegar a un lugar tan escondido dentro del bosque.

–¡Está decidido! –dijo el enanito más sabio–. Si lo desea, se quedará con nosotros.

Los enanitos aplaudieron la decisión.

En ese momento, Blancanieves despertó y se sobresaltó por lo que vio: los enanitos la rodeaban iluminándola con un candil para contemplarla de cerca. Pensó que estaba soñando. Luego recordó todo lo que había sucedido en el bosque, lo que le había dicho el criado, el terrible plan de la madrastra... Afortunadamente, desde el primer momento, los enanitos la trataron con tanto cariño que no dudó en quedarse a vivir con ellos.

Y así pasaron los días tranquilos, sin sospechar que un nuevo peligro se cernía sobre Blancanieves.



Sucedió que, al cabo de cierto tiempo, a la madrastra se le ocurrió volver a consultar a su espejo encantado, segura de ser por fin la mujer más hermosa del mundo:

–Dime, espejito mágico, ¿hay en la Tierra alguna mujer más hermosa que yo?

–Sí, mi señora –respondió la voz del espejo–. Más hermosa que vos es Blancanieves, que ahora vive en el bosque, en la casa de los siete enanitos.

La malvada madrastra se enfureció como nunca y decidió que esta vez sería ella misma la que iba a acabar con la vida de Blancanieves. Para ello, se disfrazó de vendedora de fruta con una gran capa oscura y se dirigió al bosque en busca de la casita de los enanos llevando un cesto lleno de manzanas envenenadas. Cuando llegó a la casa, llamó a la puerta.

–Traigo unas deliciosas manzanas para vender... –dijo la falsa vendedora.

Blancanieves, que en ese momento estaba sola pues los enanitos se encontraban trabajando fuera, abrió la puerta. En realidad se puso muy contenta por poder hablar con alguien, pues el bosque era un lugar solitario por el que rara vez pasaban los caminantes y vendedores.

–¿Quieres probar una? –preguntó la perversa madrastra al tiempo que le ofrecía a la joven la manzana más colorada y brillante de todo el cesto.

Blancanieves, al ver aquella fruta tan fresca y apetitosa, no dudó en aceptarla. ¡Pobrecilla! En cuanto dio el primer mordisco, cayó muerta a los pies de la malvada mujer, que se alejó riendo. Y allí quedó Blancanieves, acostada sobre los prados del bosque como si hubiera caído en un profundo y repentino sueño.



Al atardecer, los enanitos volvieron a casa. ¡Cómo lloraban cuando descubrieron a su amiga muerta!

—¿Pero qué puede haber sucedido? —se preguntaban unos a otros.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? ¡No podemos dejar aquí a la pobre Blancanieves! —dijo el enanito sabio—. Tendremos que llevarla a la montaña...

Pasó la noche y, nada más amanecer, se pusieron a construir unas hermosísimas andas adornadas con flores y hojas del bosque. Después colocaron a Blancanieves sobre ellas y cargaron con el cuerpo de la muchacha. Habían pensado enterrarla en la lejana montaña nevada, para lo que tenían que atravesar el bosque.

Apesadumbrados por lo ocurrido, iban caminando lentamente cuando, de pronto, entre los árboles apareció un apuesto jinete sobre un caballo blanco muy engalanado. ¡Menudo susto que se llevaron los enanos! Soltaron las andas y echaron a correr para esconderse.

El cuerpo de Blancanieves cayó al suelo. Y entonces ocurrió el prodigio: con el golpe, el trozo de manzana que se le había quedado en la garganta a Blancanieves salió de su boca y la joven despertó. Al incorporarse, se encontraba más viva y más resplandeciente que nunca.

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha sucedido? ¿Y mis amigos? —se preguntó Blancanieves sorprendida de encontrarse en mitad del bosque.

El jinete, que en realidad era un príncipe, quedó cautivado por la belleza y la gracia de la muchacha y le pidió que se casara con él. Blancanieves tampoco había conocido nunca un galán tan encantador y aceptó encantada la proposición.

De este modo, Blancanieves se convirtió en la reina de un gran país, donde vivió muy dichosa lejos de todo infortunio y de toda maldad.

